

RINCÓN LITERARIO

LA TRAMPA (1)

La anécdota con el terruco tarado, con ese Tumbalobos, —como suele decir él mismo— y las carcajadas de sus colegas, poblaron los recuerdos del teniente. Observa la calle a oscuras y adivina a lo lejos el arco del triunfo que alza su imponente silueta, de una vereda a otra, en la esquina del convento de San Francisco. A esta hora, Ayacucho es una ciudad muerta, devorada por las fauces de la noche. El apagón me favorece, murmura y se calza el pasamontañas; acomoda su arma y se «camufla» en el quicio del portón cerrado. Acostumbrados a la oscuridad, sus ojos de lobo pueden observar la puerta cerrada de la tienda próxima, en la vereda de enfrente, a buen ángulo de su posición. Observa. Una tenue iluminación de vela, seguramente, asoma a duras penas por el estrecho tragaluz bajo el dintel. La tienda es una trampa perfecta, piensa, adentro está la «charapita», como cebo perfecto. Pronto caería el terruco más buscado de la zona, el escurridizo compañero Gilberto. El teniente lobo ganaría un señor mérito para su hoja de servicios, camino al ascenso. Liberaría a la sociedad de la presencia de un mal sujeto, y sacaría del camino al rival que se afana en meter las patas en plato ajeno, en mi Rosalba.

Rosalba es la más bella charapita que he conocido: ojos dormidos, boca sensual y un cuerpo que ya quisieran tener las candidatas a Miss

Universo, pensó. Dicen que fue la enamorada de un dirigente senderista, muerto en un atentado. En sus recuerdos, ella lo desmiente con energía y es que en el constante rifar de sus días, entre atentados y balaceras, Rosalba era su remanso de paz, su descanso de guerrero. Era la vida en medio de tanta muerte; aunque el teniente Lobo nunca admitiría que su pasión por el sexo era su vicio; para tratar de afirmarse y sobrevivir en ese loquerío donde había visto morir a tanto amigos y había matado a desconocidos. Rosalba. Lobo la había sacado de la “Casa de Cupido”; le puso un nidito de amor, donde la existencia fue una inacabable luna de miel para la pareja. El militar estaba tan enamorado, como jamás lo estuvo de su insípida consorte, miedosa para todo y terca moralista, que últimamente lo llamaba para insistir, desde Lima: amorcito ¿aló? .Quiero conocer la sierra, quiero ir a verte. Pero él le gritó que en Ayacucho la vida no vale nada; es peligroso, con apagones y atentados a cada rato. Rosalba, “la otra”, como la llamaba el cabo Rojas, regresó a sus pensamientos con los mejores recuerdos: ella lo hacía sentir un gigante, un superhombre. Y aunque el cabo Rojas, su pata, su brother, le recordaba que la charapita no era la firme, sino la falsa, “la trampa”; para el teniente Lobo, esa mujer era su vida. En la intimidad, se disfrazaba

(1) De: Tenorio García, Víctor, **La procesión de los gatos**, Lima, Ed. Altazor, 2007.

ella de lobo y el teniente hacía de Caperucita Roja.

—Caperucito, Caperuzo, ¿estás?

—Sí, y me estoy quitando los pantalones.

—... ¿y lo demás?...

—¡Ajá!, lobita, ¿para qué tienes esa boquita tan rica?

—Para comerte mejor; rico, riquísimo, caperucito.

Unos haces de luz y sombras agitadas pasan con prisa. Falta poco para el toque de queda, se dice Lobo, convertido en una sombra entre las sombras. En eso, un recuerdo reciente cripa sus músculos y encaja con rabia sus mandíbulas. —¿Venado yo?—. Al cabo Rojas le habían asegurado sus informantes que el terruco Gilberto afanaba a la hembra ¡Carajo, ese cojudo está muerto!, pero si ha vuelto yo mato al muerto, mas, si es algún vivazo, también lo mato; así sea comandante o general, —había jurado—, ¡por mi santa madre!

Sombras fantasmales, conversando a media voz o en silencio, pasan rápido en uno y otro sentido, casi corriendo como autómatas rumbo a su casa. Aguza la mirada, el arco del triunfo ha sido totalmente borrado por las sombras. En cualquier momento, pueden reventar disparos o un dinamitazo, un coche-bomba y hasta un «niño-bomba», como hace una semana y ¡a plena luz del día! Nadie está libre de nada. Los huamanguinos mal venden o abandonan sus propiedades y huyen a la capital o al extranjero. La muerte corretea sin descanso por la ciudad, cosechando lo suyo. Y mi mujer exige venir, ¿aló? ¿Por qué no me permites ir a Huamanga? ¿O tienes otra? Cojuda, yo te cuido, no quiero que te maten, además, ¿quién manda?, ¿lo sabes, no? Las órdenes se cumplen... «sin dudas ni murmuraciones». ¿Ves?, lo sabes y jodes; aquí matan a la gente todos los días. Los faros de los vehículos y algunas linternas de mano perforan las sombras; recortan las móviles siluetas humanas, enlutadas por la noche. En algún lugar cercano, llora un bebé. Creyéndose solo, un voluminoso sujeto suelta pestíferos cuescos y pasa veloz, como impelido por ellos.

El teniente Lobo, vestido de negro entre las sombras, acaricia en su bolsillo las llaves de la tienda, testigo de su amor con Rosalba. Minutos antes, había ingresado a la casa por el portón y había cerrado con candado la puerta posterior de la tienda, clausurando la única salida hacia el patio. Ahora, solo es cuestión de esperar, se dijo. Una vez que el sujeto entre a la tienda será pan comido. Lo cogería por sorpresa; lo sacaría de ahí, y ¡pen!, ¡pen! le daría pasaporte sin regreso a la vuelta de cualquier esquina.

En su escondite, y en lo más íntimo de su ser, Lobo rumia la esperanza de que los chismes sean falsos, ¡carajo! y que Rosalba sea inocente; ¡la quiero, mierda! La juzga superior a la «malagrada» de su mujer, que hasta se le había cuadrado como un gallito, por teléfono: ¡voy a verte, quieras o no, Lobo mujeriego! ¿Aló?, yo estoy destacado en la selva donde la cosa está que arde, huevona, ¡te prohíbo que vengas, es una orden! ¡Está bien!, respondió la mujer, resignada. Van raleando las sombras humanas en la calle oscura. Claro, está seguro que nada malo hubiera ocurrido si los superiores no lo hubiesen enviado a la selva de Ayacucho, al pueblo llamado San Pancho, en misión de servicio encubierto. San Pancho, un pueblo pujante a orillas del gran río Apurímac, crecía con torrentes de fugitivos, marinos, sinchis, soldados y negociantes llegados quién sabe de dónde. Y claro, por lo peligroso de la zona, no pudo llevar a Rosalba. Los de su «promo» sabían de memoria los dichos del Lobo pintón: ¿A la semana un polvo? Uno es ninguno, dos seguidos son aperitivo y, con unas «chelas» adentro, siete polvos al hilo, ese es el cuento. En San Pancho, Lobo se consiguió otra hembra, una poderosa viuda, «la trampa de la trampa». Su pata, el cabo Rojas, le cantaba con música del huayno «Picaflor tarmeño»: «Cuidado, cuidado, lobito porfiado, caigas en la trampa, por enamorado».

Escucha, Lobo, por ahí dicen que hay jefes que le han tirado lenteja a tu Rosalba y la rondan viendo que está solita en la ciudad de Ayacucho. Y Lobo, no permitiría que le roben el calentado. Los celos le ardían dentro del cráneo y convertían en horno de rabia su pecho, ¡carajo, yo mato a quien sea!

Ahora, clavado en el quicio de ese portón aguarda el teniente Lobo, comido por incertidumbres. En su trinchera de oscura angustia, intuye el militar que el tiempo no pasa en la espera; y con ganas de morirse, si le falló la «charapita», entiende: los hombres somos quienes pasamos por la vida, con nuestros temores, esperanzas, pequeños éxitos y fracasos y morimos por las puras. Cuando la vida es una mala trampa, la muerte es la única puerta de salida, piensa. Pero yo tuve también la culpa, se dice, por meterme con la viuda en San Pancho. La noche menos pensada Rosalba había tocado la puerta de su cuarto, de su «penháus», allá en ese pueblo selvático, llamándolo cariñosamente por su nombre de batalla.

¡Lobo! Lobito, ¿estás? Claro, él estaba y bien empiernado con la viuda. A duras penas, logró sacar a «la trampa de la trampa» por la ventana hacia el patio. En ese preciso momento, se apagó la luz en todo San Pancho, ¡gracias, Diosito, carajo! Hizo entrar a Rosalba, amor, ¿cómo te has arriesgado? La endulzó, pero no podemos encender ni una vela para evitar atentados, amorcito. En la oscuridad de su «penháus», le borró toda sombra de duda y Rosalba arrulló a su Lobo, Lobito, Lobo, Lobito, Lobito. Antes del amanecer, la embarcó en el carro de las cinco de la mañana, con encargos urgentísimos de vida o muerte a cumplir en Ayacucho. Rosalba llegó acá dichosa, horas después. En la mañana azul llena del radiante sol huamanguino, se fue a la ducha y al quedarse desnuda con el calzón en la mano se detuvo perpleja: Esta prenda es de mujer, pero no es mi calzón. Al instante, recordó que toda la noche su lobo la hizo feliz y que al levantarse, metió la mano debajo del colchón, sacó su ropa interior y se la puso en la oscuridad. Su grito en Ayacucho, la ciudad de las 33 iglesias, retumbó en la convulsionada San Pancho: ¿Aló, lobo canalla? ¡Este no es mi calzón, desgraciado! ¡Yo cuidándome acá, fiel y tú engañándome allí! Así que, ojo por ojo y calzón por calzón, ¡hasta nunca, lobo venao! El teniente Lobo se impacienta, ha pasado más de una hora desde que se inició el toque de queda. La calle es un cementerio poblado por la oscuridad y por el silencio. Un perro ladra a lo lejos; otro, aúlla. Los chismes decían que Rosalba re-

cibía a un secreto amante después de la diez de la noche. Lobo se reconcentra como una fiera que aguarda a un bravo rival. Tocar a su hembra era afrentar a su hombría indiscutible; aunque nunca admitiría en público que su pasión por el sexo era su droga, para tratar de afirmarse, sobrevivir y no cagarse de miedo en medio del horror de la muerte. ¡Ta' mal, dijo mentalmente. Sin embargo, la ciudad lo impactó cuando llegó por primera vez: su fisonomía colonial con portones y tejados. Se paseó por la Plaza de Armas apreciando palmeras y moreras; admiró las arquerías de piedra y los altos corredores de las casonas señoriales en los cuatro costados. Le gustó la Catedral y observó el Patio de la Higuera de la Universidad de Huamanga. Durante las operaciones de «rastrillaje», había ingresado a los patios de las casas de arquitectura antigua; muchas de ellas, tugurizadas por los huaicos de centenares y centenares de varones, mujeres y niños, que hacían huir su vida del campo a la urbe. O invadían tierras marginales, alledañas a la ciudad y levantaban, de la noche a la mañana, asentamientos humanos a la buena de Dios. Las gentes estaban arrimadas entre dos fuegos, con niños huérfanos que dormían en algunos campanarios, bajo puentes de cal y canto y en portones solitarios. Los huerfanitos distraían su hambre, en las noches de luna, jugando a los soldados y terroristas, entre balacera y balacera. La ciudad se agitaba entre la espada y la pared. ¡Lástima!, murmuró sin voz y sintió frío.

La oscuridad pesa, es una gran lápida negra sobre el teniente Lobo. Recuerda su insoportable sentimiento de culpa tras matar a un hombre. No olvida que ese sentimiento le tuvo abiertos y tristes los ojos por varios días; que su crimen le arrebató el hambre y el sueño. Sus colegas lo consolaban: fuiste el primero en disparar; eras tú o él, carajo, piensa, si no ahorita el muerto serías tú, huevas, ¡chupa y olvídalo! ¡salú! Pero, después de perder a Rosalba se volvió lobo malo, lobo peliche, inmisericorde. Hasta los de su promoción empezaron a murmurar: matar a un terruco en la lucha, normalazo: pero de ahí a gozar y hacer carnicería y alarde, decían sin que él los escuche, es caminar por la infernal senda del enajenamiento y de la locura. De pronto, siente un golpe de aire helado y un

oscuro miedo lo invade por breves momentos. Cree ver que unas sombras, más negras que las sombras de la calle, pasan frente a él. Se restriega los ojos: ¡No puede ser! ¿Es una ilusión? ¿Un hombre tras un burro? Se detienen ante la tienda. La sombra humana abre la puerta e ingresa. La puerta se cierra. Lobo siente una mezcla de cólera y satisfacción al mismo tiempo. ¡Ya lo tengo! ¡Ahora, me las paga!, debo esperar un poco más para agarrarlos in fraganti. En la oscuridad, ve la borrosa silueta del asno ante la tienda de Rosalba.

Y, como un ventarrón de recuerdos le viene a la memoria su anécdota con el terruco tarado, con ese Tumbalobos, —como acostumbra decir— y las carcajadas de sus colegas vuelven a poblar su mente.

El desgarrado hombrecillo y su burro están por salir de ese desfiladero serrano. Es un estrecho camino de herradura sobre el abismo. Anochece el día nublado. Abruptamente, el teniente Lobo y su tropa ingresan a la vía.

—Retrocede, indio, carajo ¿no ves que el camino es estrecho?

—Con todo respeto, teniente, yo ya estoy por salir de este largo desfiladero. Ustedes deben retroceder.

—Qué has dicho, pedazo de animal? ¡Me ordenas a mí, so bestia?

—Yo soy una persona, teniente. Ud. monta una bestia.

El cabo suelta una risita cachacienta y la tropa sonrío. El espigado teniente fulmina a todos sus hombres con una mirada, y con más ira:

—¡Aja!, terruco, ¿no? Yo me trago vivos a los terrucos, por algo me llaman «Lobo».

—Yo no soy terruco, señor Lobo.

—Yo no soy «señor», soy «señor teniente», y debes decir «mi teniente», ¿entiendes, animal? ¡Tus documentos! Yo soy el teniente Lobo, carajo. ¿Quién mierda eres tú?

—Acá está mi libreta electoral, teniente. Yo soy Tumbalobos.

-Tumba lobos? ¡Tumba lobos! Desgraciado terrorista. ¡No hay tumba lobos para el teniente Lobo, carajo!

Luego, entre carcajadas y chistes obscenos desbarrancaron los cadáveres del «tumba lobos» y del burro terrorista, que andaba con el sable desenvainado, a lo profundo de la quebrada. El teniente Lobo, entonces, recién leyó la libreta. En efecto, el difunto se llamaba Gilberto Tumbalobos. Cambió su gesto de cólera por el de asombro y luego por la risa. Convirtió en una pelotita la libreta electoral del difunto y la arrojó sobre el muerto que yacía hundido entre el barro de la quebrada, allá en lo hondo, junto al burro occiso. Esto, por si acaso, había dicho, recordando que en Ayacucho uno debía cuidarse no solo de los coche-bomba sino también del burro-bomba como el que explotó y aflojó los huesos y las tripas del cabo Rojas, un año atrás.

Días después de los hechos en el desfiladero, para el teniente, el muerto fue el famoso terrorista compañero Gilberto y fue el momento de gloria del militar. Lobo encontró a un tumba lobos terruco. Y me lo tumbé al Tumbalobos. Salú, Lobo. Pero ahora, el oficial siente ese extraño miedo visceral que lo sacudió al ver las sombras del hombre y su asno: ¡Se parecían al Tumbalobos y su animal!, se dice. ¡No carajo, los muertos no andan! El sujeto que entró está en la tienda, ¡ahora!, se dice. Cruza la calzada corriendo. Abre la puerta de la tienda con una violenta patada. Al punto, la noche oye el tableteo de su pistola ametralladora, ¡muere, terruco de mierda!, ¡muere, puta! Una y otra vez, descarga su arma sobre los amantes desnudos sobre la cama, el teniente Lobo. Luego, trata de salir. La vela se apaga. No encuentra la puerta para escapar y no puede. Todo es pared. Es una trampa, grita. Se asfixia. Se desespera y arroja su pasamontañas sobre los muertos. ¡No hay puertas! El aullido de sirenas y el ruido de motores anuncian que se acercan las fuerzas del orden.

Hay un relampagueo entre las sombras por un segundo, y, como por milagro, se restablece la luz eléctrica en la ciudad. Cuando el capitán y sus soldados ingresan a la tienda, el teniente

Lobo sigue accionando el gatillo de su arma, ya sin balas, mientras grita, ¡Mueran, terrucos! Al reconocer al oficial, se calma poco a poco, con los nervios deshechos. A duras penas, se cuadra, saluda y explica. Esta mujer y ese hombre (señala a la muerta y a una acribillada maleta grande), son terroristas, mi capitán. Pero en el ambiente hay un solo cadáver y la puerta posterior está cerrada por fuera. De pronto, con los ojos locos, el teniente Lobo parece desvariar, esta mujer no es la «Charapita», es mi esposa. Yo disparé sobre mi «trampa» y su amante. ¿Qué hace mi esposa con un terruco? ¿Dónde se fue el otro muerto? ¡Apresen al terruco muerto! ¡Apresen al burro! El capitán y los soldados encuentran solo el cadáver acribillado de una mujer que, según su documento de identidad, es la esposa del teniente Lobo. La maleta agujereada de la mujer recién llegada, al parecer, está sobre la cama también. Esto fue un crimen, señala el sargento. Y mientras llevan detenido al teniente Lobo, el capitán comenta que el preso fue denunciado por el asesinato de un profesor con quien tropezó en un desfiladero de Fajardo, hace un mes. No hay ningún burro en la calle,

mi capitán, informa un soldado. Saluda y se va. De pronto, el oficial se fija en una especie de pelotita de cartulina en el suelo. La recoge, la despliega.

Se acomoda mejor bajo el foco de la luz eléctrica. Es una libreta electoral, sucia con barro seco y sangre. Lee el nombre del profesor Gilberto Tumbalobos Cuti que, según la denuncia, fue asesinado por el teniente Lobo. Esta libreta no fue hallada para identificar al cadáver descompuesto y desfigurado y dar curso a la denuncia, dice. Observa nuevamente el documento y se pregunta: ¿Cómo es que esta libreta electoral vino a parar aquí? ¿Por qué Lobo asesinó a su esposa? ¿Qué ocurrió realmente en esta habitación? Sin embargo, antes que el capitán pueda formular alguna conjetura para sus interrogantes; oye que en la calle el teniente Lobo grita: ¡Mala trampa! ¡Mi vida es una trampa! El ruido crece, los sordos ajetreos y frases confusas.

De pronto, una risa demente en la noche, un disparo y voces broncas notifican al capitán que el teniente Lobo ha fugado, para siempre, de la trampa.

